

Cómo Contener a Trump

por Fernando Mora¹

Después de su primer año de regreso en la Casa Blanca, el 47.^º Presidente de los Estados Unidos, Donald Trump, ha confirmado lo que muchos esperaban de su histórico segundo mandato: Estados Unidos-y el mundo-han entrado en una *nueva era geopolítica*.

Esta era no fue iniciada por Washington, sino por la alineación assertiva de Rusia, China e Irán-tres estados que, aunque diferentes en ideología y geografía, han convergido estratégicamente para ejercer una influencia sin precedentes y, a menudo, *disruptiva* en múltiples regiones.

La invasión a gran escala de Ucrania por parte de Rusia, el creciente control geopolítico de China en Asia y más allá, y el patrocinio de Irán a Hezbolá y Hamas-exportando inestabilidad y terrorismo hasta Líbano, Venezuela y Colombia-no son eventos aislados. Son señales coordinadas de un orden mundial en transformación.

Mientras tanto, la Unión Europea ha actuado con demasiada frecuencia tarde-o no ha actuado-frecuentemente relegándose al papel de observadora a pesar de su presencia global y poder económico. Al mismo tiempo, las Naciones Unidas han priorizado cada vez más los mensajes simbólicos y la diplomacia en redes sociales sobre la acción decisiva, fallando en movilizar toda su capacidad en defensa de la paz, la seguridad y el derecho internacional.

Este momento demanda claridad, liderazgo y realismo político. Los desafíos que enfrenta el sistema internacional son estructurales, no retóricos. Abordarlos requiere fuerza, coordinación estratégica entre aliados e instituciones dispuestas a actuar-no solo a comentarante la creciente influencia autoritaria.

Contención Re imaginada: Lecciones y límites

La cuestión que enfrentan los decidores políticos no es si Donald Trump puede ser “gestionado” mediante normas, instituciones o persuasión-la experiencia ya respondió a eso. La pregunta ya no es si el enfoque de Trump hacia la política exterior es desestabilizador, sino si las restricciones institucionales democráticas pueden limitar efectivamente el daño sistémico causado por una presidencia que prioriza el *transaccionalismo* sobre la estrategia, las pruebas de lealtad sobre las alianzas y la conveniencia sobre el derecho internacional.

La contención, en este contexto, no significa obstrucción o parálisis. Más bien, requiere el aislamiento estratégico de los intereses democráticos y de seguridad clave frente a la toma de decisiones impulsiva del Ejecutivo.

Paradójicamente, las raíces intelectuales de este enfoque se encuentran en la estrategia de la Guerra Fría. La doctrina de contención de George Kennan no se basaba solo en la confrontación, sino en la resiliencia institucional, la cohesión de las alianzas y la paciencia estratégica a largo plazo. Esos mismos principios deben adaptarse ahora hacia adentro-para gestionar la volatilidad que emana de la Oficina Oval.

Reconstruyendo la autonomía de las alianzas

Una de las maneras más efectivas de contener la disrupción de la era Trump es que los aliados de EE.UU. reduzcan su dependencia de la continuidad política estadounidense. La OTAN, la Unión Europea y los socios clave del Indo-Pacífico deben operar bajo la suposición de que los compromisos estadounidenses pueden fluctuar dramáticamente de un ciclo electoral a otro.

Esto no implica abandonar a Estados Unidos, sino profundizar la coordinación *intra-aliada* independientemente de las señales cotidianas de Washington. Europa [y otras regiones] debe finalmente convertir su poder económico en autonomía estratégica creíble-a través de integración de defensa, mecanismos de intercambio de inteligencia y capacidades de respuesta rápida. Una alianza que colapsa sin la constante reafirmación estadounidense no es una alianza; es una carga.

Paradójicamente, esta autonomía estabilizaría las relaciones transatlánticas. Una Europa capaz de actuar con decisión reduce los incentivos de un presidente estadounidense transaccional para coaccionar a los aliados mediante amenazas de retiro o garantías de seguridad condicionadas.

Disuasión sin escalada

Un pilar central de la contención efectiva es la restauración de una disuasión creíble, libre de maximalismo retórico. La preferencia de Trump por amenazas públicas, cumbres performativas y diplomacia centrada en líderes ha degradado constantemente el apalancamiento estadounidense al reemplazar la estrategia por el espectáculo. La disuasión perdura solo cuando es disciplinada, creíble e integrada en la aplicación colectiva.

En la práctica, esto requiere enfoques consistentes y adaptados a cada teatro clave. Contra Rusia, implica

¹ Analista de reconocimiento mundial con una profunda experiencia de campo en cuatro continentes. Ha asesorado a presidentes y primeros ministros, ha colaborado con gobiernos,

apoyo militar sostenido a Ucrania combinado con líneas rojas claramente definidas y aplicadas—no anunciadas teatralmente en redes sociales.

Contra China, depende de una coordinación de la política económica entre democracias para proteger tecnologías críticas, evitando retórica de desvinculación que acelere la formación de bloques rígidos.

Contra Irán, la disuasión debe priorizar la contención de redes proxy mediante asociaciones regionales duraderas, en lugar de ataques simbólicos o cambios abruptos de política. En cada caso, la contención se trata menos de confrontación y más de negar a los adversarios los *beneficios estratégicos del caos*.

El papel de las instituciones: reforma o irrelevancia

El segundo mandato de Trump ha expuesto aún más la fragilidad de las instituciones internacionales que dependen del liderazgo estadounidense sin mecanismos de continuidad. Naciones Unidas, la Organización Mundial del Comercio e incluso agrupaciones informales como el G7 enfrentan una elección clara: *reforma o irrelevancia*.

La contención efectiva requiere instituciones que puedan actuar a pesar del desinterés estadounidense, no colapsar por él. Esto significa empoderar a las burocracias profesionales, aislar funciones clave de la presión política y, cuando sea necesario, crear mecanismos paralelos entre estados afines para mantener normas internacionales. La alternativa es un sistema internacional donde la coordinación autoritaria supere la deliberación democrática.

Contención no es resistencia

Es esencial distinguir la contención de la resistencia. El objetivo no es derrotar políticamente a Trump ni debilitar la presidencia como institución, sino limitar el daño sistémico producido por un gobierno promovido por el impulso y no por la estrategia.

Las democracias no pueden personalizar la estabilidad global alrededor de un solo líder—especialmente uno que ve la imprevisibilidad como fortaleza. La contención acepta la realidad política mientras se niega a ceder la integridad institucional.

Conclusión: estabilidad a través de la resiliencia

El regreso de Trump al poder no creó las fracturas ahora visibles en el sistema internacional, pero las ha ampliado y expuesto. La convergencia de potencias autoritarias, la erosión del multilateralismo y el retiro gradual del liderazgo institucional ya estaban en marcha. Lo que ha cambiado es el margen de error: en un entorno definido por la competencia estratégica y la fragilidad sistémica, la improvisación ya no es simplemente arriesgada: es desestabilizadora.

Contener a Trump, por lo tanto, no se trata de contener a un hombre, sino de contener la vulnerabilidad misma: vulnerabilidad a la desinformación y coerción, a la erosión de alianzas y a sorpresas estratégicas. La respuesta no puede basarse en la nostalgia de un orden liberal desaparecido ni en la fe de que las normas por sí solas limitarán el poder. Debe descansar en la resiliencia institucional, la madurez de las alianzas y el ejercicio disciplinado de la estrategia sobre el impulso.

Si los decidores políticos tienen éxito, el segundo mandato de Trump no será recordado como el momento en que el sistema internacional fracasó, sino como la prueba de esfuerzo que lo obligó a evolucionar. En ese sentido, la contención se convierte no en un acto de resistencia, sino de preservación.

Para los estados, grandes y pequeños, este momento exige reinvenCIÓN estratégica. Requiere repensar los roles internacionales, recalibrar alianzas y reactivar instituciones regionales y globales no como participantes pasivos, sino como partes iguales en el mantenimiento del orden. La estabilidad en la próxima era no estará garantizada solo por el poder, sino por la capacidad colectiva de los estados de adaptarse, perdurar y actuar con propósito.

Bogotá, Colombia 20 de enero de 2026.